

1

Juan Negrín como persona

JUAN NEGRÍN SIEMPRE FUE considerado una persona más bien extraordinaria, con absoluta independencia de los diversos cargos que desempeñó: ya fuera como profesor de fisiología, como parlamentario socialista o ministro de Hacienda durante la Guerra Civil o, finalmente, como jefe de gobierno de la República. Así pues, y antes de adentrarnos en las diversas facetas de su vida como hombre público, merece la pena examinar su entorno familiar, los rasgos fundamentales de su personalidad, sus muchas aptitudes e intereses, su educación, su punto de vista filosófico y su manera de comunicarse con los demás.

Las islas Canarias eran notablemente diferentes del resto de España, tanto en lo que respecta a la economía como en la concepción del mundo exterior. En la España peninsular de finales del siglo XIX había tres puertos modernos: Barcelona, Bilbao y Valencia. Cada uno contaba con un buen desarrollo industrial en los alrededores y con relaciones comerciales y financieras importantes en Europa y América. Pero la mayor parte de la España peninsular continuaba gestionando la agricultura, la ganadería, la pesca y los bosques de un modo precapitalista. La mayoría de los españoles dependían de los productos locales y tenían escaso conocimiento, o interés, por el mundo exterior. Las islas Canarias, en cambio, desde el siglo XIX y hasta hoy, han estado muy involucradas en el comercio mundial y muy al día de los cambios tecnológicos. Quizá han sido el centro más importante de suministro para los cargueros que navegaban entre los países europeos industrializados y sus colonias africanas, las de aquel momento y las de épocas anteriores. Desde los tiempos de Cristóbal Colón, las Canarias han sido de gran importancia para los buques que

hacían la travesía entre el sur de Europa y Latinoamérica. Siempre hubo canarios entre los emigrantes europeos al Nuevo Mundo, y a partir del siglo XIX formaron extensas comunidades en las ciudades portuarias de México, Cuba, Venezuela y Colombia.

Juan Negrín Cabrera (1864-1941) era hijo de un talabartero de ingresos modestos que vivía en la ciudad de Telde, una población en la montaña, al norte y a unos diez kilómetros del puerto de Las Palmas, entonces en pleno desarrollo. Se había educado en el seminario, como becario y servidor al mismo tiempo, pero decidió no hacerse sacerdote. Obtuvo la máxima calificación *meritissimus* en latín, castellano e historia de España, y la segunda *benemeritus* en psicología, lógica, ética y geometría y trigonometría.¹ Se reveló en seguida como persona de gran habilidad para el comercio y prosperó rápidamente en el mundo de los negocios. A ello contribuyó su matrimonio con María de los Dolores López y Marrero, hija de una familia de pequeños terratenientes y en mejor posición económica que la familia de Negrín Cabrera. Se trasladó a Las Palmas, ciudad portuaria en pleno desarrollo, y allí prosperó como agente inmobiliario y como comerciante en la exportación de plátanos y tomates y en la importación de vino y hortalizas de calidad.

Es evidente que Juan Negrín Cabrera tenía, además, buen ojo para valorar los terrenos y, sobre todo, una finísima intuición en cuanto al futuro desarrollo de la ciudad de Las Palmas. Compró grandes extensiones de dunas de arena que con los años se convertirían en edificios para oficinas, casas de pisos y viviendas unifamiliares, centros comerciales, almacenes, garajes, despachos oficiales, etc. Los dos cuñados solteros, Benjamín y Sinforsosa López y Marrero, vivieron con la joven familia Negrín López desde mediados de la década de 1890. Ambos participaron en alguno de los negocios de Negrín Cabrera y también en los intereses bancarios de sus parientes Marrero. En 1910 Juan Negrín Cabrera fue elegido miembro del Cabildo, con especial responsabilidad en el área de estadística municipal y de control de cuentas. A consecuencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), sus

1. La mayor parte de la información acerca de Juan Negrín Cabrera procede de José Medina Jiménez, con el que me siento en deuda tanto por su libro *La familia Negrín en Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, 2004, como por su tiempo generoso y sus orientaciones a lo largo de numerosas conversaciones.

ingresos quedaron muy mermados ya que la prosperidad de las Canarias dependía casi totalmente del comercio que se desarrollaba en tiempos de paz. Pero en la década de 1920 resurgió el crecimiento económico. La continua inmigración de ingleses, franceses y otros europeos que trabajaban en el mundo empresarial, profesional y administrativo, representó una sólida aportación tanto a las inversiones en negocios como al patrimonio inmobiliario. De hecho había pasado a ser una de las personas más prósperas en la isla de Gran Canaria y, del mismo modo que muchos colegas millonarios, disponía de cuentas bancarias cuantiosas y activos en divisas en varios bancos y bolsas de Europa y del mundo occidental.

El matrimonio Negrín López tuvo tres hijos. Los tres nacieron y se criaron en la casa de Triana, en el centro de Las Palmas, y en las propiedades de Negrín Cabrera. Juan, el futuro fisiólogo y líder político, nació el 3 de febrero de 1892, Dolores en 1893 y Heriberto en 1895. Los tres fueron personas inteligentes, sensibles y aplicadas en los estudios. Y los tres mantuvieron una estrecha relación entre ellos, a pesar de las grandes diferencias de temperamento y de puntos de vista. Parece que ninguno tenía por costumbre escribir cartas ni tampoco mantener un diario personal. Tanto en 2003 como en 2005 pasé varias semanas investigando en Las Palmas. Conocí entonces a varios miembros ya mayores de las familias Negrín y Marrero, pero ninguno de ellos tenía un recuerdo claro de Juan Negrín Cabrera ni tampoco de su famoso hijo. Sin duda eran personas inteligentes, conservadoras y, por lo general, cordiales. Incluso uno de ellos había sido procurador en las Cortes de la época franquista. Me mostraron fotos interesantes de sus casas, tomadas en las primeras décadas del siglo xx, en las que se mostraba el estilo de arquitectura, de jardines, de mobiliario que les gustaba. Pero a excepción de una sola persona, sus simpatías políticas, y quizá la falta de intereses intelectuales y científicos, no les predisponían a mostrar interés alguno por la carrera de un fisiólogo y un jefe de gobierno socialista que, después de todo, resultaba ser su primo.

Menciono esta atmósfera conservadora, cortés y de prosperidad, porque este ambiente familiar ayuda a comprender algunos rasgos de Juan Negrín que pueden resultar extraños en un socialista, y que de hecho exasperaban a algunos colegas del partido. En la paz, en la guerra, en las secuelas desastrosas de la guerra, Juan Negrín siempre fue bien vestido, frecuentó restaurantes excelentes y se alojó en los

mejores hoteles. Si compraba ropa blanca para el ajuar de una casa, siempre era de la mejor calidad y en abundancia; su nieta en París todavía usa unas sábanas que su abuelo había comprado cuando ella era niña. Le encantaban el teatro, los conciertos y los libros buenos, y pagaba generosamente por tener las mejores localidades y las mejores ediciones. Durante la década de 1920, su casa y su laboratorio médico estaban en la calle de Serrano, una de las más prestigiosas de Madrid. Era una persona insólita entre los profesores universitarios de aquellos años porque era propietario de un automóvil espacioso y potente, que también utilizaba para trasladar a colegas socialistas o de la UGT buscados por la policía. En las primeras semanas de la Guerra Civil también lo utilizó para trasladar a estudiantes y trabajadores voluntarios hasta el frente Norte de Madrid. Así pues, en muchos de sus hábitos personales, y también en sus gestos de amistad, era realmente como un Negrín o un López o un Marrero, es decir, un descendiente de la burguesía de las islas Canarias, que no se sentía cohibido por vivir con comodidades materiales. En lo que sí se diferenciaba de su familia era en su visión política: parlamentario socialista durante toda la vida y absolutamente agnóstico.

De los tres hermanos Negrín López, Juan, el primogénito, era además el más brillante con diferencia. Dolores y Heriberto sacaron buenas notas en lenguas, humanidades y religión. Pero Juan obtuvo las máximas calificaciones en todos los cursos de primaria y secundaria, y en todas las asignaturas, ya fueran de ciencias o de letras. Su madre era mucho más religiosa que su padre, y Juan fue a una escuela primaria de la Iglesia en Las Palmas. Pero cuando llegó a la secundaria, su padre, que seguramente debía sentirse orgulloso de tener un hijo que destacaba tanto en los estudios igual que él y que, también como él, había decidido no ordenarse sacerdote, lo envió al Instituto Técnico de Tenerife. Obtuvo la máxima calificación en física, química y lenguas extranjeras, y recibió el título de bachiller con tan sólo catorce años.

Debido a los negocios, Negrín Cabrera se relacionaba frecuentemente con representantes de empresas extranjeras en Las Palmas. Parece ser que uno de sus socios alemanes le recomendó un colegio en Hildesheim, un excelente internado donde su hijo podría aprender alemán y adaptarse a la forma de vida de Alemania. Unos meses más tarde, Juan escribió una carta satírica, pero también informativa, a un amigo de Las Palmas. Según decía, después de viajar desde

el puerto de Hamburgo hasta la ciudad de Hildesheim, se encontró con que el colegio en cuestión no admitía internos y que los alumnos del centro sólo se preparaban para el título de bachiller, un título que por supuesto Juan ya tenía. Regresó a Hamburgo y pasó varias semanas gastando un buen montón de dinero en busca de una pensión donde poder aprender idiomas y recibir además comidas sabrosas. Al relatar sus aventuras, se burla tanto de los habitantes del lugar como de los muchos estudiantes hispanos, incluido él mismo, por ejemplo porque son incapaces de bailar; pero de alguna manera se las ingenia para pasárselo bien en algunos bailes y fiestas de disfraces. Con respecto a las diversas pensiones que va probando en Hamburgo y Kiel, explica que al numeroso grupo de españoles y latinoamericanos no se les exige que hablen alemán. Pero dado que él comenzó en seguida los estudios de medicina en la Universidad de Kiel, es obvio que tuvo que hacer un gran esfuerzo, y con éxito, para dominar el idioma.²

De hecho, durante el primer año en Kiel logró, además, un buen dominio del inglés y del francés, aunque no sé si los había estudiado antes de ir a Alemania. Por el contexto de la carta, parece deducirse que viajaba solo. En cualquier caso, no menciona a sus padres, ni a parientes ni a otro guía adulto. Al año siguiente, a la temprana edad de dieciséis años, se trasladó al Instituto Carl Fischer en la Universidad de Leipzig. No se conservan cartas ni documentos oficiales que expliquen este traslado. Pero puesto que a Negrín, profesionalmente, siempre le interesó más la investigación en fisiología que ejercer como médico, es probable que la explicación sea que sus profesores de Kiel le recomendaran Leipzig como el mejor centro para especializarse en fisiología. Otra explicación probable, aunque tampoco hay documentación disponible, es que el padre de Juan tuviera plena confianza en el criterio de su hijo y estuviera dispuesto a respaldar las decisiones del chico con respecto a su propia carrera.

En la carta a su amigo Benítez que acabo de citar, escrita desde Kiel, una de las principales bases navales del imperio alemán, es evidente que los sentimientos del Negrín adolescente ya simpatizaban entonces con los socialistas. No está de acuerdo con que sólo los hijos

2. Carta del 8 de marzo 1907 a Simón Benítez y Padilla, en Las Palmas, FCJN. Agradezco a José Medina que me sugiriera prestar atención a esta carta deliciosa.

de los ricos puedan convertirse en oficiales de la marina. En cualquier caso, tenía sentimientos antimilitaristas y la carta termina con el grito de la Revolución francesa «Libertad!!! Igualdad, Fraternidad», en la que el triple signo de admiración es su añadido personal. Por cosas que dijo muchos años después a colegas del Partido Socialista en España, queda claro que intuitivamente le desagradaba, y siempre recordaba, el ambiente militar de la Alemania anterior a 1914.

En Leipzig, igual que en Tenerife y en Kiel, fue un estudiante destacado. En 1912 terminó el doctorado en medicina y también en fisiología. Al profesor Theodor von Brücke, jefe de departamento y uno de los fisiólogos de mayor reputación entonces, le llamó la atención el trabajo de aquel joven ayudante de laboratorio. Entre 1912 y 1916, Negrín, convertido en asistente numerario en fisiología experimental, publicó cinco artículos de investigación firmados juntamente con Von Brücke. Además tradujo al alemán, y para que fuera publicado, *L'Anaphylaxie*, un estudio de las reacciones alérgicas intensas y a veces fatales realizado por Charles Richet, el francés premio Nobel de Fisiología en 1913. Al estallar la guerra en agosto de 1914, varios profesores de Negrín fueron llamados a filas. En el curso académico 1914-1915, este joven español inmensamente dotado (el primer español que se doctoró en Leipzig), sustituyó a los catedráticos ausentes impartiendo clases de fisiología, en alemán por supuesto. Un fisiólogo español más bien escéptico, por razones que expondré en otro capítulo, en cuanto a la capacidad de Negrín como investigador científico, aventuró que a Negrín le ofrecieron el puesto docente debido a la escasez de profesorado en tiempos de guerra más que a su destacada capacidad. Pero puesto que también pasó a ser *Privatdozent*, es decir, docente y tutor, a quien se reconoce específicamente su capacidad académica aun cuando no sea miembro de la facultad con dedicación plena, me parece razonable dar por supuesto que quienes habían sido sus profesores lo tenían por persona de gran competencia científica y lingüística.

Juan Negrín era de natural muy activo e impulsivo. Su hermano menor, hombre afectuoso y en cierto modo más tranquilo, solía llamarle «polvo».³ Conoció a una joven estudiante de piano, muy

3. Carta de Heriberto a Negrín, mayo de 1951, recordando su adolescencia, AJNP, carpeta 32.

atractiva y vivaz, María Fidelman Brodsky Mijailova. Era hija de un hombre de negocios, judío ucraniano, que se había instalado en Alemania hacia finales de siglo. En aquellos años los disturbios antijudíos eran frecuentes en la Rusia zarista. Alemania, en cambio, les parecía a los judíos de la Europa del Este no sólo un país muy civilizado sino también bastante tolerante. No tengo detalles de su noviazgo. Pero los hijos de Negrín, Juan y Miguel, en dos ocasiones diferentes, comentaron que su padre rascaba un poco el violín, que sus padres solían tocar dúos y que los chicos disfrutaban burlándose ante la incompetencia de su padre frente al verdadero talento y la buena preparación de su madre. Juan y María tenían la misma edad y se casaron a los veintidós años. El 9 de febrero de 1914 se celebró la ceremonia civil y el 21 de julio la católica. El primer hijo nació en Alemania en el mes de octubre. El nacimiento se inscribió oficialmente en Madrid, en noviembre, cuando el joven matrimonio iba de viaje a Las Palmas para reunirse con los padres de Juan.

Se sabe muy poco acerca de la calidad de vida del matrimonio. Vivieron juntos unos doce años durante los cuales fueron con frecuencia a Las Palmas para visitar a la familia. El abuelo Juan pasaba temporadas con ellos en Madrid para disfrutar de los nietos. Los niños iban al Instituto Escuela, un centro escolar progresista y no confesional. Muchos intelectuales de primera fila, así como profesionales del teatro y del arte llevaban a sus hijos a esta institución. Ni el doctor Negrín ni su esposa eran católicos practicantes. Cuando registraban el nacimiento de sus hijos utilizaban Mijailov como apellido materno en vez de Brodsky, que podía identificarse como judío. Los abuelos Negrín López estaban acostumbrados al agnosticismo de su hijo, pero no sabemos cómo se sentían con respecto a una mujer de familia judía que hablaba alemán o francés con su hijo, es decir con su esposo. Sabemos que el matrimonio Negrín López era gente discreta y cortés, pero también muy conservadora en cuanto a religión, política y comportamiento en general.

Los Negrín tuvieron cinco hijos en diez años. Los tres chicos vivirían muchos años en Estados Unidos después de la Guerra Civil, con buenas carreras profesionales. Juan, su hijo, fue un neurocirujano de renombre, y Rómulo y Miguel ingenieros. Pero perdieron dos niñas. María falleció a los diez años, en una epidemia de tifus en Madrid. Y Dolores, al nacer, ahogada por su propio cordón umbilical, un terrible percance bastante frecuente en aquellos tiempos. Tanto el padre

como la madre se preocuparon toda la vida por el bienestar de sus hijos y continuaron consultándose acerca de todo lo que se refería a los niños a pesar de que prácticamente habían roto su relación matrimonial. María Brodsky debió de sufrir lo indecible al perder casi al mismo tiempo tanto a su última hija como la armonía, cualquiera que fuera, en su vida matrimonial. Y lo que digo no procede de documento alguno, es sencillamente una cuestión de sentido común acerca de las relaciones humanas, especialmente las que se dan en la clase media alta, la clase a la que María pertenecía tanto por procedencia como por matrimonio.

Los veinte años que transcurren entre el regreso de Negrín de Alemania y el estallido de la Guerra Civil (1916-1936) fueron los más productivos de su carrera profesional: como investigador científico, inventor de instrumentos para laboratorio, tutor de estudiantes universitarios y participante activo en la Facultad de Medicina, en la biblioteca y el laboratorio, así como en el desarrollo de la Ciudad Universitaria cuya primera instalación resultaría tan dañada en la batalla de Madrid. Dejo para otro capítulo su labor de investigador, ya que deseo ahora resaltar su aspecto humano. Hay un dato interesante que denota su aprecio por la investigación científica: en 1916, a fin de poder entrar en el mundo académico, sus esfuerzos no se centran en obtener una cátedra sino en lograr una dotación económica para poder estudiar las técnicas de laboratorio más novedosas en las universidades punteras de Estados Unidos. La respuesta de la Junta para la Ampliación de Estudios fue que mejor dejar este proyecto para el próximo futuro, y que por el momento convenía se integrara en el mundo científico de España.

Santiago Ramón y Cajal, el primer español laureado con el Nobel de Medicina, así como también otros biólogos y químicos de prestigio en las universidades de España, tenía una excelente impresión de los artículos publicados conjuntamente por Negrín y Von Brücke. En 1916 y a instancias de Ramón y Cajal, Negrín, en vez de poner rumbo hacia América, pasó a ser el primer director del nuevo laboratorio de fisiología en la Residencia de Estudiantes. En 1918 le convalidaron los doctorados de Alemania con calificación de sobresaliente. El primer Congreso Internacional de Fisiología posterior a la Primera Guerra Mundial se celebró en París en 1920. Negrín con la ayuda puntual de alguno de sus estudiantes presentó el «estalagmógrafo», un aparato que había inventado para contar el número y

el ritmo de diversos glóbulos en el flujo sanguíneo de las ranas utilizadas en el laboratorio. Este aparato ahorra mucho tiempo, y aburrimiento, a los investigadores que llevaban a cabo los experimentos. En 1922 Negrín obtuvo la cátedra de fisiología y pasó a ser decano de la Facultad de Medicina, hasta que en 1934 solicitó la excedencia de ambos cargos debido a la acumulación de compromisos con la nueva República. Además, entre 1927 y 1931 participó activamente en el Comité para la Construcción de la nueva Ciudad Universitaria como asesor informal del presidente, el doctor Florián Aguilar, amigo personal de Negrín y dentista personal del rey Alfonso XIII. Desde la instauración de la República en 1931 hasta el estallido de la Guerra Civil, trabajó de hecho como presidente de este comité, y a menudo se le veía vestido con un mono, echando él mismo una palada de mortero, o explicando los planos a las personalidades que visitaban las obras.

Las declaraciones y las memorias de varios discípulos destacados ponen de manifiesto que Negrín dedicaba sus mejores energías al desarrollo de los alumnos con mayor talento. Explicaciones prácticas acerca de fenómenos complejos, lo que a veces les ahorra horas inestimables de lectura; insistencia en la importancia de las técnicas de laboratorio y el conocimiento de otras lenguas, para poder estar al corriente de los mejores trabajos que se hacían en Europa, Asia y América; hipótesis originales e ingeniosas, que a menudo desembocaban en experimentos con resultados importantes, y para cuya publicación, Negrín a diferencia de la mayoría de los catedráticos de prestigio había especificado que su nombre no debía constar como uno de los «autores» si su única aportación era la de haber estimulado ideas fructíferas. Se suscribió a diversas publicaciones extranjeras que luego cedió a la biblioteca de la Facultad de Medicina. Muchos estudiantes suyos recuerdan su insistencia en la dieta alimentaria, el ejercicio físico y la importancia de las vitaminas, y todo esto décadas antes de que el mundo reconociera la trascendencia de estas cuestiones.

Con todo, no quiero dar la impresión de que estoy retratando a un ángel. He conocido a más de un fisiólogo que acusa a Negrín de no haberse ocupado de sus estudiantes. Explican que hacía un breve discurso inaugural el primer día de clase y que luego no le veían ni en las horas de laboratorio ni en el estrado a la hora de clase. Como catedrático jubilado, sé que éste es un problema constante en muchas

universidades. El catedrático con talento y plenamente dedicado, considera que «sus» estudiantes son mucho más importantes que la mayoría de los alumnos corrientes que acuden a clase. Los primeros son los que van a desarrollar nuevos conocimientos y avances científicos. Los demás, si se toman en serio los estudios, a la larga también lograrán la atención del catedrático. Pero si realmente no son más que estudiantes corrientes en cuanto a capacidad y aspiraciones, pueden aprender en los libros de texto y con los ayudantes de laboratorio. Otro aspecto que puede dar luz a esta situación, es que Negrín siempre fue consciente de su escasa habilidad como orador, y que siempre, como catedrático de universidad y también como jefe del Gobierno de la República en tiempo de guerra, supo que realizaba su mejor trabajo con grupos reducidos. Volveré a tratar este aspecto en próximos capítulos.

Ganar suficiente dinero para mantener a una familia de seis a principios de 1920, y con el nivel de vida que quería para sí mismo, no fue tarea fácil al iniciar su carrera en Madrid. Por estas fechas también su padre estaba preocupado por recuperar la prosperidad que había tenido antes de la Primera Guerra Mundial. Hay dos proyectos de esta década que ponen de manifiesto la capacidad de Negrín para los negocios. Por una parte, el laboratorio de análisis clínicos instalado junto a su vivienda, que prestaba servicio a otros médicos además de al propio Negrín, y que funcionaba con buenos resultados. Muy pronto se hizo famoso por los informes detallados de análisis y radiografías.⁴ Por otra, una aventura editorial: el primer texto general de bioquímica, un campo relativamente nuevo, escrito a propuesta suya por dos españoles, José Domingo Hernández Guerra, colega suyo un poco más joven y también canario, y el destacado alumno y futuro premio Nobel Severo Ochoa de Albornoz. Este texto, conocido familiarmente como «El Guerra», se publicó varias

4. J. Álvarez Sierra y José Gutiérrez-Rave, *Dr. Juan Negrín*, Madrid, 1966, p. 28. Este breve libro forma parte de la serie popular «Celebridades» editado por Gutiérrez-Rave. Sólo las primeras 40 páginas están dedicadas a la carrera médica de Negrín. Pero su autor, el doctor José Álvarez Sierra, lo conoció personalmente y aporta numerosas observaciones personales además de citar la opinión profesional de una docena de médicos y científicos que el autor cita con nombre y apellidos, indicando además el cargo que desempeñaban.

veces y fue utilizado, literalmente, por miles de estudiantes españoles de biológicas. Los socios de Negrín en Editorial España fueron Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo, destacados socialistas, amigos personales de Negrín y cuñados entre sí. Además, Editorial España publicó la traducción al castellano de una de las grandes novelas también superventas mundial en torno a la Gran Guerra (1914-1918), *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque.

Desde aproximadamente 1925-1926, Juan y María Negrín dejaron de vivir como marido y mujer. Continuaron compartiendo la misma casa, a fin de que ninguno de los dos perdiera el contacto con los hijos, pero mantuvieron vidas privadas independientes. Hasta que llegó la ley republicana de 1932, el divorcio no era legalmente posible en España. Pero en cualquier caso, la señora Negrín nunca estuvo dispuesta a considerar la posibilidad de divorcio, y su esposo tampoco la presionó para ello. En 1932 presentaron una solicitud de «separación de personas y de bienes». Las razones alegadas por Negrín eran, entre otras, que su esposa le interrumpía cuando estaba reunido con sus colegas, le insultaba delante de los niños y del servicio, intentaba que los niños no vieran a sus abuelos Negrín, y le cargaba con facturas cuantiosas sin consultarle previamente. En cuanto a esto último, añadía que su esposa no había aportado ni dinero ni propiedades al matrimonio, lo que a su vez nos abre un interrogante acerca de lo que pudo haber pensado el suegro, un próspero hombre de negocios, con respecto al matrimonio de su hija.⁵

Por otra parte, la separación nunca fue tan total ni tan agria como se desprende del redactado del documento de separación. En los archivos Negrín de Las Palmas y de París he visto cartas manuscritas de los años cuarenta y cincuenta firmadas «Tu esposa, María» (el subrayado es de ella). Las pocas cartas de él son breves y cordiales, sin ser efusivas. Uno de los rasgos constantes de Juan Negrín en sus relaciones humanas, ya fuera con familiares, amigos, antiguos amigos, colegas, conocidos del cuerpo diplomático o bien de las clases media y alta en Francia e Inglaterra, era el deseo de mantener una relación civilizada, de no dejar de hablarse con personas que había conocido a lo largo de su vida tan ocupada y azarosa. Antes de exponer lo poco que creo saber de la vida sentimental de Juan Negrín,

5. Solicitud de separación. Carpeta 2.^a, pp. 31-35, AJNP.

quiero manifestar una opinión personal, y es que a casi todas las personas les resulta extremadamente difícil ser totalmente sinceros a la hora de hablar de amor y de sexo. Y Juan Negrín era un hombre en el que se combinaba un exterior cortés y comunicativo con una extrema reserva interior.

Hacia 1925 o 1926 conoció a una joven, amiga de las hijas de su amigo personal Indalecio Prieto. Feliciano López de Dom Pablo, conocida como Feli, había nacido en 1906 en un pueblo cerca de El Escorial, a los nueve años quedó huérfano de padre y madre y fue a trabajar como costurera, camarera y ama de llaves, en diversas ocasiones, en el mismo hotel de El Escorial donde habían trabajado su padre y su hermano mayor. Era una mujer de gran inteligencia, y una gran lectora; se hizo socialista y antes de conocer a Juan Negrín ya conocía a los Prieto desde hacía algún tiempo. No sé si la relación amorosa creció pronto entre ellos. Por fotografías de familia, sabemos que, al menos, fue una vez a Las Palmas, durante unas vacaciones de verano, con Negrín y sus tres hijos para conocer a la familia Negrín. En 2005 tuve una conversación telefónica con un amigo de infancia de Rómulo y Miguel en Madrid; este amigo hablaba en un tono neutro y sin entrar en más detalles, de la presencia normal de «la otra señora» en el hogar de los Negrín, es decir, la que no era la madre de los chicos. En las cartas entre Negrín y Feli de 1956, último año de la vida de Negrín, los dos hablan de sus «treinta años juntos». En las cartas, los dos se tratan de «usted». Por Carmen Negrín Fetter, la nieta adoptada por Juan y Feli cuando la esclerosis múltiple dejó inválida a su madre, sé que Negrín trataba de «usted» incluso a amigos próximos. Según se desprende de muchos informes, era un hombre que prestaba gran atención a los buenos modales y a la cortesía personal.

Hay un hecho curioso, y es que prácticamente ninguno de los muchos colegas que han escrito acerca de Negrín, o que hablaron conmigo acerca de las relaciones personales que tuvieron con él, mencionaron jamás a Feli López. Anécdotas relacionadas con el apodo de «Don Juan», como la gente se refería habitualmente al doctor Negrín de forma un tanto burlesca, o «Casanova», parecen haber dejado más huella en la memoria de esas personas que la presencia discreta de Feli López. En los escritos de posguerra de Prieto, hay muchas referencias a Negrín, que incluyen los hábitos de buena mesa o la supuesta inclinación a las mujeres por parte de su antiguo amigo, pero ni una sola palabra acerca de la amiga

de sus hijas que desde hacía más de diez años era la compañera de Negrín.⁶

En los archivos de Marcelino Pascua hay unas alusiones, no del propio Pascua sino de un amigo, en cuanto a las tremendas inclinaciones heterosexuales de Negrín. Hay una anécdota divertida, y tal vez cierta, en la que comenta que Negrín compartió los favores de la misma dama con el no menos distinguido compatriota suyo, el general José Sanjurjo, el cual había encabezado un fallido pronunciamiento contra la República en agosto de 1932.

Esta historia también aparece en unas memorias privadas, escritas a mano, de Raymond Moch, un muchacho de pocos años cuando conoció a Negrín en 1931. Sus padres, Jules y Germaine Moch, destacados socialistas franceses, formaban parte de los primeros amigos extranjeros entusiasmados con la recién nacida República española. Juan Negrín, como científico y como persona que hablaba francés con fluidez, no tardó en iniciar una amistad con la familia Moch, una amistad que duraría toda la vida. Raymond Moch fue un físico de renombre y ya se había retirado de la cátedra en el Collège de France cuando escribió esta breve memoria en diciembre de 1989. Decía que, después de su padre, Juan Negrín era la persona que mayor influencia había tenido en su vida. Lo describía como la persona más «libre» que había conocido. Al escribir que Negrín había conocido al general Sanjurjo, una persona bien conocida en la esfera pública de 1931 cuando Raymond, un niño entonces, vino de viaje a España con sus padres, dice también que «ils étaient même partagé les faveurs d'une même femme» (hasta compartieron los favores de una misma dama). Negrín y su esposa no eran felices juntos. Ella era más la madre de sus hijos que la esposa de su marido. No se planteaba el divorcio, y él no la presionó.

El joven físico Raymond escribe acerca del jefe del Gobierno en el exilio, al que conoció en Londres y en París después de la Segunda Guerra Mundial, y lo describe como una persona que vivía en la intersección de tres mundos que raras veces coincidían: el mundo de la política de altura, el mundo de la ciencia y el mundo de la *jet set* —es decir, el de los que frecuentaban los hoteles de cinco estrellas y

6. Con excepción de Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín*, 2006, publicado después de que escribiera estas líneas pero antes de que terminara este libro.

los restaurantes famosos—. Le conocían muchos conserjes, metres y taxistas. Antes de trasladarse a la que fue su última casa en Av. Henri Martin, había estado en el Lancaster, un hotel pequeño y de lujo, tranquilo, muy confortable y cercano a los Campos Elíseos. Poco antes de su muerte, Negrín se había presentado a Charlie Chaplin en el restaurante L'Alsacienne, y Raymond, que le acompañaba en esa ocasión, entabló conversación con el gran actor.⁷

En relación a las anécdotas de la vida social de Negrín, un par de fisiólogos retirados recientemente, que fueron alumnos de los estudiantes de Negrín en los años cuarenta, es decir, la «tercera generación» de estudiantes de Negrín, me han asegurado que éste tuvo una relación conocida y prácticamente abierta con una de las mujeres de la limpieza de la universidad. Tal vez se trata de una referencia parcialmente errónea, sin nombre, a Feli, que trabajaba en un hotel en El Escorial como he mencionado más arriba. En este punto, debo hacer una adición a mi afirmación anterior de absoluto escepticismo en cuanto a lo que la gente tiene que decir acerca de sus propias vidas sexuales y las de los demás. Es un fenómeno de extraordinaria frecuencia, que se da en personas de ambos sexos y de todas las clases sociales, vender al por menor las historias «indecentes» de las personas famosas que han conocido. Algunos de mis colegas historiadores han dejado constancia, «con más dolor que ira», de su decepción ante los supuestos hábitos sexuales de Negrín. No me cabe ninguna duda de que siendo el hombre enérgico, cordial e infelizmente casado que era, Negrín debió de tener algunas relaciones extramatrimoniales a principios de los años veinte y/o durante la Guerra Civil. Como tampoco me cabe duda, basándome en la lectura de las cartas personales del archivo y en sus visitas a María en Nueva York en los cuarenta y en los cincuenta, de que Negrín mantenía una relación civilizada con su mujer en lo que concernía a sus intereses comunes como padres. También me consta que desde 1939 hasta 1956, desde el final de la guerra hasta su muerte, él y Feli vivieron y viajaron juntos, como marido y mujer de hecho.

Volvamos ahora a los años de la República. Negrín se afilió al Partido Socialista en 1929. Hacía ya varios años que era amigo y

7. Raymond Moch, «D. Juan Negrín», memoria manuscrita de 25 páginas, fechada el 21-28 diciembre, 1989, AJNP.

contertulio de Prieto, Del Vayo, Araquistáin y otros. En alguna ocasión había asistido como médico a Largo Caballero. Tenía tan buena información de asuntos nacionales e internacionales como sus amigos socialistas. No era marxista, pero durante su estancia en Alemania había encontrado tiempo para estudiar un poco de economía además de medicina y fisiología, y también había admirado el Partido Socialdemócrata y sus organizaciones juveniles. En cuanto a sus razones para haberse afiliado al PSOE, decía muy a menudo que era el único partido con el programa y el personal necesarios para crear una sociedad democrática y moderna en España. Igual que Prieto, a quien consideraba su guía en medio del laberinto de la política en España, Negrín creía en una combinación flexible de iniciativa y realización empresarial pública y privada, y que el sector público debería dedicarse necesariamente a infraestructuras, educación, sanidad, ejército y fuerzas de seguridad.

Tal vez fuera también un francmasón. Pero hay escasos indicios e información al respecto. El estudio autorizado de Aurelio Martín, *La Segunda República, Grupo Parlamentario Socialista*, vol. 2, p. 1.234, dice que Negrín se inició en Alemania durante los años de estudiante, pero no da información específica en cuanto a la logia o las actividades personales. Juan Simeón Vidarte, en sus memorias *Todos fuimos culpables*, p. 862, dice que una vez oyó decir a Negrín que se había iniciado en Alemania, pero que nunca «regularizó» su condición de miembro hasta que fue elegido para las Cortes de la República. Según Vidarte, aparece en la lista del *Diccionario de la Masonería* de Lorenzo Frau publicado en 1947.

En la «zona nacional» durante la Guerra Civil, y en los primeros años de la posguerra, ser masón era un «crimen», y cualquiera podía ser ejecutado bajo esa acusación. A los masones se les consideraba enemigos de la Iglesia católica y de los diversos «valores» cristianos; responsables, además, de la Revolución francesa y de los movimientos independentistas de Latinoamérica a principios del siglo XIX. Para muchos demócratas, incluido quien esto escribe, la masonería es una forma de internacionalidad benigna y de tolerancia ideológica general. Las logias y sus ceremonias facilitaban contacto social entre hombres de distintas profesiones y nacionalidades que compartían los mismos ideales de libertad intelectual y política. Esto es sin duda lo que significaba la masonería para la mayoría de los líderes republicanos y políticos socialistas en la España de la década de

1930, incluido Negrín en las pocas ocasiones en que pudiera haber pensado en él mismo como masón. En realidad hay otra característica de Negrín: no era un «afiliado» por naturaleza, ni siquiera a asociaciones profesionales a las que habría sido de esperar que perteneciera. Durante la investigación previa, escribí al Colegio de Médicos de Madrid solicitando permiso para consultar el historial del doctor Juan Negrín López, que había ejercido como médico y enseñado fisiología en la Universidad de Madrid entre 1920 y 1934. La respuesta que recibí fue que nadie con este nombre había sido miembro del Colegio. Cabe la posibilidad de que los archivos por los que preguntaba hubieran quedado destruidos por las bombas o el fuego durante la Guerra Civil, o tal vez retirados en algún momento a lo largo de los 35 años de dictadura posteriores a la guerra.

Volvamos a cuestiones más verificables. La noche del 14 de abril de 1931, cuando el rey Alfonso XIII decidió abandonar el país aunque no abdicar de la corona, el doctor Negrín jugó un papel pacificador en lo que habría podido ser un incidente importante. Un grupo de trabajadores que celebraba la marcha del rey se había reunido delante del palacio, en espera de poder izar la bandera de la República; pero la policía, obviamente inquieta, había logrado mantenerlos a distancia. Negrín era uno de los nuevos concejales. Conduciendo su propio automóvil apareció en las inmediaciones del palacio real y explicó a los que allí estaban que el rey sí había salido de Madrid, pero que algunos miembros femeninos de la familia real se encontraban todavía en palacio, y que por mera cortesía no había que molestarlos mientras recogían sus pertenencias. A continuación preguntó si había algún voluntario dispuesto a trepar por el muro y plantar la bandera republicana en el exterior del balcón. Y así, en medio del buen humor, la tensión se difuminó.⁸

Muchos comentaristas de la vida de Juan Negrín afirman que no se definió políticamente hasta el advenimiento de la República y que era un personaje bastante poco conocido cuando en mayo 1937 fue

8. Henry Buckley, *Vida y muerte de la República española*, pp. 58-60. Se trata de una reciente traducción, realizada por Raymond Buckley, hijo del autor, de la obra original publicada en Londres en 1940. La edición en castellano es un agradecido reconocimiento a H. Buckley como uno de los más preclaros periodistas extranjeros presentes en España durante los años treinta.

nombrado jefe de gobierno en sustitución de Francisco Largo Caballero. No sé quién pudo lanzar la idea de que Negrín era poco conocido antes de su nombramiento como primer ministro, pero esta afirmación requiere modificaciones. Después de sus años de estudiante en Alemania, visitó las Canarias con frecuencia y la prensa de Las Palmas dio cuenta de estas visitas. En 1928 la Junta Directiva del Museo de Las Palmas le encargó la dirección técnica de una expedición, en mulos, al yacimiento arqueológico de Cuevas del Rey. El objetivo era excavar restos humanos, fragmentos de cerámica y tejidos de la época guanche. Los isleños sentían una enorme curiosidad por la cultura guanche, destruida en gran parte por sus antepasados recientes, y pensaron que no había nadie tan preparado para llevar a cabo esta expedición como el famoso y joven catedrático de fisiología que daba clases en la Universidad de Madrid, que venía a la isla con su familia para las vacaciones y que simpatizaba con el movimiento federalista a favor de una mayor autonomía para cada una de las islas del archipiélago canario.

También era una persona bien conocida en el ámbito académico: por sus publicaciones, su participación en conferencias internacionales, sus clases en la universidad, su gestión y dirección de varios laboratorios y su participación en la construcción de la Ciudad Universitaria de Madrid. Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo, dos socialistas muy conocidos, eran amigos suyos. Hasta 1930 no participó en la política activa, pero se sabía que su automóvil, y en caso necesario también una habitación en su casa, estaban a disposición de cualquier activista, estudiante u obrero, bajo amenaza de arresto. Así pues, hacia finales de la década de 1920 Juan Negrín era una persona bastante conocida, al menos para los lectores de prensa de las Canarias, para el mundo universitario de España en general y para los socialistas de la sección más amplia del partido, la madrileña.

Tras la partida del rey, la proclamación de la República y la convocatoria de un gobierno provisional para elecciones a Cortes Constituyentes, Juan Negrín resultó ser un candidato indiscutible para el Partido Socialista de las islas Canarias. Todos los que respaldaban la República compartían una gran esperanza: que el nuevo régimen pudiera proporcionar un sistema político eficiente y honesto, basado en ideales de justicia social, y capaz de sustituir al régimen corrupto, y a veces represivo, que había predominado hasta entonces. Los dirigentes políticos y los ciudadanos de todas las clases sociales con ma-

yor conciencia política tenían una idea mucho más clara y definida de lo que tenía que ser el ideal de comportamiento ético que las reformas económicas y sociales específicas que deberían llevarse a cabo. Como muestra de buena voluntad y optimismo en estas primeras elecciones, plenamente democráticas para la parte masculina de la población, los partidos republicanos de clase media y los socialistas presentaron listas conjuntas. En el distrito electoral de Las Palmas de Gran Canaria, la coalición estaba formada por dos federalistas, un miembro del partido radical de Alejandro Lerroux, el principal partido republicano «histórico», y dos socialistas, el catedrático Juan Negrín y el doctor Marcelino Pascua, especialista en temas de salud pública.

Negrín preparó con esmero varios discursos pronunciados durante la campaña electoral y poco después de la victoria de la coalición el 28 de junio de 1931. En ellos explicaba sus expectativas con respecto a la nueva Constitución y al futuro inmediato de la nueva República. Varios periodistas que de hecho asistieron a los discursos (no siempre ocurre así hoy en día) publicaron reseñas en cuatro periódicos de Las Palmas. Las cuatro reseñas explican prácticamente lo mismo, de modo que considero son un resumen fiel y razonablemente objetivo del pensamiento y opiniones del doctor Negrín en el momento en que se comprometió plenamente, con optimismo y vigor, a participar en la creación de un régimen republicano progresista.⁹

El principal objetivo de la nueva Constitución era proporcionar un marco para las libertades políticas y económicas. Debía incluir además un método claramente definido para incorporar enmiendas, a fin de que pudieran introducirse las modificaciones necesarias en función de las nuevas necesidades que surgieran. El voto para las mujeres y la elaboración de una ley de divorcio tenían que estar entre las tareas prioritarias de los diputados. Negrín estaba a favor del federalismo, en el sentido de traspasar a las regiones geográficas y a los municipios españoles el poder excesivamente centralizado de la monarquía. No hay comentarios en cuanto a que las diferentes lenguas, o susceptibilidades étnicas, o tipos sanguíneos, puedan servir

9. Los cuatro periódicos que informaron de la campaña fueron *El Defensor de Canarias* (católico); *El Diario de Las Palmas*, liberal; *El Socialista* y *El País*, republicanos moderados.

como punto de partida para establecer diferentes autonomías políticas. Piensa en la autonomía de gestión para los asuntos regionales y municipales de toda la población, dentro de un solo país unificado, un país que ha sido una monarquía hereditaria hasta fecha reciente y ahora es una república democrática.

Habla de la necesidad de una educación primaria y secundaria para todos, que ha de ser responsabilidad del Estado, y gratuita. Debería haber separación entre Iglesia y Estado, ya que uno de los requisitos para la libertad política es que a nadie se le ha de obligar a reconocer derechos específicos para una religión determinada. No desea que se cierren los numerosos colegios católicos que existen, pero insiste en que el Ministerio de Instrucción debe preocuparse por que todas las horas escolares se dediquen a instrucción, sin proselitismo religioso.

Establece un paralelismo aproximado entre el fascismo y el bolchevismo. El fascismo comenzó con la marcha de trabajadores (*sic!*) sobre Roma, pero luego degeneró en la dictadura personal de Mussolini. El bolchevismo se llamaba a sí mismo la dictadura del proletariado, pero de hecho se había convertido en la dictadura de un reducido comité dominado por Stalin. «Ambos quedan fuera para dar enseñanzas a la Constitución Española.» En el caso de España, estaba a favor de fijar un plazo de duración para el cargo de presidente, así como de establecer una elección indirecta, «para evitar caudillajes».

Uno de los cuatro periódicos cita una frase que quizá no se recogió exactamente pero que no obstante, y en mi opinión, puede dar luz acerca de la complejidad del pensamiento político de Negrín. Se remitía al «sentimiento de la propiedad individual, así como a la necesidad de utilizar como acicate para la obra, los radicalismos y extremismos».¹⁰ Después de haber leído muchos discursos y declaraciones de Negrín, estoy convencido de que él creía en el principio de la responsabilidad individual que a cada persona le corresponde por su comportamiento económico y social. Pero también simpatizaba con muchos principios explícitos de diversas formas de socialismo y anarquismo. Dijo muchas veces que se había afiliado al Partido Socialista porque su programa y actividades eran aquellos que, en su opinión, mejor podían ayudar a la modernización de la España en la

10. La frase citada se publicó en *El País* del 24 de junio de 1931.

que había nacido. De ahí se deriva la plena libertad de expresión política y el uso, en circunstancias adecuadas, de «radicalismos y extremismos» para alcanzar una sociedad más justa e igualitaria.

Pero no estaba dispuesto a tolerar la violencia física, y tuvo el valor de enfrentarse a ella directamente. Justo después de uno de sus discursos en la campaña electoral, un grupo de personas que gritaba «Viva la República» atacó las dependencias del periódico conservador *El Liberal* y prendió fuego al mobiliario. Según *La Crónica* del 27 de junio, varias personas, incluidos Negrín y el presidente del Partido Socialista local, «trataron de interponerse para disuadir a la masa de sus propósitos, y fueron rechazados por los mismos que les acababan de aplaudir». En los años siguientes, Negrín se vería involucrado en situaciones similares.

El doctor Negrín fue miembro de la minoría socialista en las tres Cortes republicanas, las de 1931, 1933 y 1936. Por decisión propia no pronunció discursos acerca de la legislatura en su conjunto. Aprovechando sus conocimientos financieros y su habilidad para las lenguas, el partido le designó para el Comité de Finanzas y en varias ocasiones representó a España en los encuentros sindicales internacionales celebrados en Ginebra. No fue miembro del comité encargado de redactar la Constitución durante el verano de 1931, pero a menudo asistía a las reuniones y hacía sugerencias al respecto. Como médico, conocía un poco a Largo Caballero y, como era uno de los pocos diputados socialistas que poseía coche, a menudo lo utilizaba para llevarle a reuniones o para alejarle de la vigilancia policial. En estos años pasó a ser un defensor acérrimo y amigo personal de Indalecio Prieto, el menos dogmático y con mejores conocimientos económicos y financieros entre los dirigentes del PSOE.

Durante el período 1933-1936, estimulado en parte por el alza espectacular del partido nazi en Alemania y en parte también por la desilusión ante la lentitud de las reformas durante el período de las Cortes Constituyentes, el Partido Socialista Español se dividió en dos grupos literalmente irreconciliables. En 1931 Largo Caballero, que se había opuesto a la participación de los socialistas en el gobierno de una república «burguesa», había aceptado no obstante la cartera de ministro de Trabajo. Pero a mediados de 1933 estaba muy amargado y desilusionado por las huelgas anarquistas y los sabotajes de la derecha a la nueva legislación social en el ámbito local, donde la actitud de los funcionarios conservadores era poco más o me-

nos la de «obedezco pero no cumplo». Al mismo tiempo, su mentor y amigo personal, Luis Araquistáin, el primer embajador de la República en Alemania, estaba horrorizado ante la facilidad con que Hitler no sólo había destruido la República de Weimar, sino que tampoco había encontrado una oposición seria cuando prosiguió con la destrucción del partido socialdemócrata, del comunista y de los sindicatos, y comenzó con el asalto despiadado a la comunidad judía.

Por otra parte, a comienzos de la década de 1930 eran muchos los simpatizantes anarquistas y socialistas que volvían los ojos hacia la Unión Soviética como si fuera en parte un modelo para el futuro. Criticaban la dictadura centralizadora y vertical, pero admiraban el éxito aparente en la industrialización de una gigantesca sociedad agrícola y atrasada y la drástica disminución del desempleo entre los campesinos pobres. Y muy especialmente, a la vista de la amenaza racista de Hitler contra el «bolchevismo judío internacional», sus simpatías estaban con la Unión Soviética. Esta mezcla de desilusión local, optimismo con respecto al desarrollo económico soviético y reacción moral contra el fascismo, desembocó en un rápido giro a la izquierda de los trabajadores de la UGT leales a Largo Caballero, de los obreros anarquistas «conscientes» que no eran ni total ni dogmáticamente «antipolíticos», y de los estudiantes y los intelectuales que ya leían a Marx, Kautsky, Lenin, Trotski, Bujarin y los periódicos doctrinarios tanto socialistas como comunistas.

Los seguidores de Indalecio Prieto, el principal líder político-intelectual de la minoría socialista en las Cortes, estaban sin duda tan abrumados como los caballeristas por el comportamiento de los nazis. Pero reconocían que era indispensable mantener la coalición de republicanos y socialistas que había ganado las elecciones de junio 1931, que había elaborado la Constitución y aprobado un número significativo de reformas económicas que favorecían a los trabajadores agrícolas e industriales; que también había establecido la separación entre Iglesia y Estado, y que había iniciado la secularización general de los sistemas educativo y legal. La legislación electoral republicana favorecía deliberadamente la formación de coaliciones, con el fin de evitar la atomización de partidos que había infestado a los estados vecinos como Francia, Portugal e Italia. Prieto advirtió al grupo de Caballero que rechazar la coalición de los años de las Cortes Constituyentes llevaría a la victoria a la nueva coalición conservadora y católica liderada por Gil Robles y Alejandro Lerroux. Esto

es exactamente lo que ocurrió en noviembre de 1933, y las Cortes de los dos años siguientes hasta diciembre 1935 lograron revocar parte de las principales reformas del período 1931-1933.¹¹

Si hay una sola y sencilla razón por la que Negrín pensaba que el Partido Socialista era el único partido capaz de modernizar España bajo un gobierno civil, es porque sus dirigentes eran además seres pensantes: Julián Besteiro, Largo Caballero, Luis Araquistáin, Julio Álvarez del Vayo, y sobre todo, Indalecio Prieto, y porque contaba además con el apoyo y fidelidad de miles de trabajadores industriales y oficinistas de la UGT. Mientras que los diversos partidos republicanos eran grupos reducidos bajo el liderazgo de profesionales de clase media que creían en la libertad política y religiosa, en elecciones con recuento de votos justo y en formas graduales de legislación social que mejorasen las condiciones de vida de los pobres. En este grupo, el líder más fuerte con diferencia era Manuel Azaña. Él y Prieto habían sido los arquitectos de la coalición republicanosocialista durante el período 1931-1933 y después de perder las elecciones de noviembre 1933, ambos líderes volvieron a trabajar con denuevo para reconstruir la coalición.

Entre tanto, durante el bienio 1934-1935, en los partidos a la izquierda de los socialistas de Prieto, empezó a desarrollarse un doble movimiento contradictorio. Gran parte de los seguidores de Largo Caballero en la UGT, así como un conjunto de estudiantes universitarios y de intelectuales de izquierdas en general, se convencieron, como siempre habían dicho los marxistas ortodoxos, que era necesaria una revolución y que ningún partido republicano «burgués» colaboraría con dicha revolución. Dado que gran parte de estos estudiantes e intelectuales eran de clase media, aun cuando no fueran ricos, es muy posible, tal como sugiere Preston en su libro, que la mayoría no tuviera la más mínima idea de la realidad aplastante de desempleo, miseria y hambre que imperaba en los pueblos agrícolas del sur de España. Sin embargo, con pasmosa ingenuidad, de alguna forma se autoconvencieron de que primero tenía que ocurrir una revolución burguesa, probablemente en el plazo de pocos años, y que

11. Véase Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, MacMillan Press, Londres, 1978, donde trata con hechos detallados las muchas formas de resistencia de la derecha a todo el proyecto de la República.

las propias «contradicciones internas» de esta revolución burguesa llevarían rápidamente a una revolución del proletariado que voluntariamente colectivizaría la economía, pondría fin a la lucha de clases y establecería una forma de comunismo menos rígido y menos centralizado que el que existía en la Unión Soviética. Numerosísimos miembros jóvenes tanto del PSOE como de la UGT, así como su incuestionable líder Francisco Largo Caballero, acabaron compartiendo esta ilusión. Mientras, en España gobernaban diversos gabinetes de coalición conservadora que se las ingeniaron para eludir la nueva legislación social, verdaderamente moderada, y mantener su tradicional poder económico mediante el control del empleo y la presencia del cuerpo armado que tradicionalmente les había protegido, es decir la Guardia Civil.

Al mismo tiempo que se producía esta evolución de la clase trabajadora hacia la izquierda, los partidos comunistas oficiales de todo el mundo, es decir los de la Tercera Internacional, controlados muy de cerca por el gobierno soviético, se replantearon la política hostil que habían mantenido con los partidos socialistas de la Segunda Internacional. Tal vez en 1932 habría sido más sensato colaborar con la socialdemocracia de Alemania y oponerse a Hitler, en vez de tildar a los socialdemócratas de «socialfascistas» y votar con los nazis en algunas ocasiones durante los meses anteriores al nombramiento de Hitler como canciller. A principios de 1934, y en verano de 1935 ya como política oficial, los partidos comunistas buscaron la colaboración de las fuerzas «progresistas» democráticas contra la amenaza del fascismo. En el ámbito interno de España, esta nueva política recibió el nombre de Frente Popular; en el ámbito internacional se llamó Seguridad Colectiva, y ofrecía a los principales poderes democráticos capitalistas, Gran Bretaña y Francia, una alianza militar defensiva frente a un Hitler cada vez más agresivo y a su subalterno aliado a partir de 1937, Benito Mussolini.

En 1934, la tensión se fue acumulando poco a poco entre el gobierno conservador por un lado y, del otro, los socialistas a la izquierda de Prieto, la UGT y las organizaciones juveniles principalmente en la zona de Madrid y en Asturias. Por tradición, la izquierda admiraba a los mineros asturianos como el sector más valeroso y abnegado de la clase obrera española. En la reciente unidad de las izquierdas ante la expansión en Europa del fascismo y de otras dictaduras de derechas monárquicas y presidencialistas, los mineros de

Asturias se destacaron como creadores de una coalición revolucionaria que incluía no sólo a socialistas y comunistas, sino también a anarquistas y trotskistas. Prieto era un socialista de toda la vida, procedente de la clase obrera, y persona con muchos contactos tanto en el País Vasco como en Asturias. Aunque era perfectamente consciente de que si estallaba una revolución era casi imposible que prosperara, por lealtad personal a la clase obrera decidió ayudarles a conseguir armas para la revolución que estaban planeando.

La revolución de Asturias en octubre 1934 fue un completo fracaso. No hubo colaboración alguna por parte de lo que se suponía tenía que ser una huelga general en Madrid. La declaración simultánea en Barcelona de una «República Catalana dentro de la República Federal de España», provocó el arresto y prisión de los máximos dirigentes de la Generalitat, así como la suspensión del estatuto de autonomía de 1932. A diversas atrocidades por parte de las fuerzas revolucionarias y a una represión brutal por parte de los militares con tropas recién traídas de África, siguieron miles de arrestos, violaciones de derechos humanos en pueblos de Asturias y en las cárceles, penas de muchos años de prisión, y sentencias de muerte que a excepción de dos casos, fueron conmutadas por el jefe de gobierno Lerroux y el presidente Alcalá-Zamora, pues ni uno ni otro eran personas crueles.

¿Dónde estaba Juan Negrín durante estas trágicas semanas? La noche del 5 de octubre, cuando se suponía que una huelga general debía paralizar el gobierno de Lerroux, pasó la noche en la sede del Partido Socialista junto con Del Vayo y otros amigos. En algún momento se encargó de trasladar a Largo Caballero de un escondrijo a otro. Llevaba meses diciendo que una revuelta armada de aquel tipo sería un suicidio. No tenía nada que hacer con el «infantilismo izquierdista» que animaba a muchos participantes de Madrid. Pero su corazón estaba con los mineros asturianos y sabía que la mayoría no eran en absoluto responsables de las atrocidades que sin duda ocurrieron. Esta simpatía se alimentaba de varias fuentes: un desagrado profundo de los dirigentes catolicoconservadores que estaban desmontando las reformas de 1931-1933; su fe en que había que resistir físicamente el avance del fascismo, simbolizado en el lema de los mineros «Mejor Viena que Berlín», en referencia a la resistencia de los trabajadores socialistas de Viena en febrero de 1934 ante las imposiciones de la dictadura de Dollfuss; la amistad y la admiración que sentía por Prieto; la amistad personal con Feli López, quien contaba con muchos

amigos entre las personas en peligro en tierras asturianas; y, también, la amistad con la diputada socialista Matilde de la Torre, quien durante las trágicas semanas de asedio se involucró en la defensa y en la aportación de comida y medicinas para las víctimas.

Durante los últimos años ha habido una campaña creciente de los historiadores revisionistas a favor de que la Guerra Civil se inició con la revolución de Asturias en octubre 1934 y no con el alzamiento militar de julio de 1936. Esta pretensión distorsiona completamente la cronología de la conspiración y de la violencia real contra la República. Pero si la redenominamos en términos de simpatías, recoge una verdad importante. Así pues, estoy de acuerdo con la afirmación de los revisionistas en el sentido de que aquellas personas que en 1936 contaban con libertad de decisión, por situación geográfica, se alinearían en dos grupos: las que habían sentido simpatía por la revolución de Asturias respaldarían a la República, y las que habían sentido que aquella revolución era una conspiración anarcobolchevique respaldarían a los generales sublevados. En cuanto a Negrín, no tenía buena opinión de la capacidad de liderazgo de Largo Caballero, no se tomaba en serio las utópicas ilusiones revolucionarias de las izquierdas del partido entre 1933 y 1936, y siempre creyó que una república parlamentaria con un sistema de educación escolar no confesional y competente, con una buena combinación de economía pública y privada, era lo que España necesitaba para convertirse en una nación moderna y en paz consigo misma.

Me parece que pueden exponerse otras consideraciones generales en cuanto a la situación vital de Juan Negrín entre los años 1916 y 1936. A pesar de sus excelentes calificaciones académicas en Alemania, debió de sentir una extraña inseguridad interior en cuanto a su capacidad como científico, porque ante el temor de no lograr la cátedra de fisiología se volcó en otras habilidades: las lenguas. Aprendió húngaro y superó con buena nota el examen que le calificaba para representar a España ¡en los territorios magiares!¹²

12. Manuscrito, no publicado, de un artículo de Herbert L. Matthews para *The New York Times*. Borrador mecanografiado con correcciones a mano, probablemente de 1938, en carpeta verde 4, AJNP. Matthews no da fecha, pero partiendo del contexto parece que sería hacia 1917 o 1918, sin duda antes de 1922, año en que pasó a ser decano de la Facultad de Medicina.

Por los comentarios de sus hijos en los últimos años, es difícil saber hasta qué punto se tomaba en serio la afición al violín. En los debates políticos con sus amigos era un verdadero demócrata, siempre establecía la diferencia entre su aprecio personal al individuo y su opinión con respecto a las ideas y los objetivos políticos que se debatían. Son muchos los que han hablado de su vida sexual, pero no hay indicios de lo que él pudiera haber opinado acerca de la vida sexual de los demás o de la suya propia. No hay duda de que apreciaba la ropa de calidad, la buena mesa y el disponer de amplios recursos económicos. Pero en sus relaciones personales, tal como se recogen en los documentos disponibles o en las memorias personales de los pocos que le conocieron y a quienes pude consultar cuando preparaba este libro, no hay nada que lo muestre como una persona vanidosa o engréida. El uso de «usted» era una muestra de respeto hacia los demás, no una distinción clasista.

Pasemos ahora a la personalidad de Juan Negrín durante la Guerra Civil. El doctor Negrín se comprometió hasta el límite de sus posibilidades, desde el día de la rebelión militar hasta el amargo final. Durante las primeras semanas, por las tardes, él mismo conducía su coche hasta el frente de la sierra de Guadarrama, al norte de Madrid. Llevaba comida, medicinas y otros suministros, y trabajaba para educarse él mismo y educar a los estudiantes y a las jóvenes milicias que estaban a su alrededor en las tácticas de guerra de montaña con unidades relativamente pequeñas. El pronunciamiento del 18 de julio había fracasado en las ciudades más importantes, lo que provocó la Guerra Civil y destruyó las comunicaciones y la autoridad, ya entonces bastante inestable, del gobierno de la República. Una de las trágicas consecuencias inmediatas fue la oleada de «paseos»: el asesinato de empresarios, sacerdotes, guardias civiles, falangistas, etc., a manos de «incontrolados», es decir los grupos extremistas de los movimientos de izquierdas que consideraban que el golpe militar, la larga historia de explotación económica y las disputas personales con patrones, empresarios o policías, justificaban una «acción directa»: el asesinato como respuesta.

Prieto habló inmediatamente por la radio, diciendo que estos asesinatos desacreditaban totalmente a la República. Negrín y otros se unieron a Prieto en las patrullas nocturnas que ayudaban a mantener las calles de Madrid libres de las bandas de pistoleros irresponsables. Asimismo ayudó a muchos estudiantes de familias conservadoras, o

simplemente acomodadas, a esconderse o a huir de la capital. Claude Bowers, el embajador de Estados Unidos que conocía bastante bien a Negrín, describe en su autobiografía un viaje de éste a una ciudad cercana para rescatar a «cierto número de víctimas predestinadas, librándolas a tiempo de un destino trágico»; y también que a menudo pasó la noche en alguna cárcel durante las primeras semanas de terror. Dos meses más tarde, cuando fue nombrado ministro de Hacienda y tuvo el control de los carabineros, la policía de frontera, expidió pasaportes a favor de personas que se encontraban en peligro, con independencia de las inclinaciones políticas que tuvieran en aquellos momentos.¹³

En la breve biografía de Negrín escrita por un colega médico que le admiraba profesionalmente pero que no compartía sus opiniones políticas, encontramos un ejemplo típico de sus simpatías y rapidez de pensamiento. Una mañana de octubre de 1936, José M.^a del Corral, un colega fisiólogo muy conservador, se acercó al despacho del Ministerio de Hacienda para ver si Negrín podía ayudarle a liberar a un cuñado suyo que estaba arrestado. El vestíbulo frente al despacho de Negrín estaba repleto de milicianos y uno de los secretarios espetó en voz alta: «Ayer vinieron a denunciar a don Juan, unos colegas, que usted es uno de los fundadores de la Hermandad de San Cosme y San Damián, y fascista caracterizado». El doctor Del Corral no sabía qué decir, tan preocupado estaba con las miradas de los que allí estaban y ante la posibilidad de que estuvieran anotando su nombre para perseguirle luego.

Cuando todos estuvieron en el despacho de Negrín, Corral explicó el comentario indiscreto del joven secretario. Entonces, en una rápida actuación y hablando tan alto como le era posible, Negrín se dirigió al doctor Del Corral: «Es cierto, pero ya le dije que usted se había hecho de la Hermandad de San Cosme y San Damián por con-

13. Claude Bowers, *Misión en España*, Grijalbo, Barcelona, 1977, p. 313. Mientras revisaba unos papeles todavía por catalogar en el AJNP, me encontré con un conjunto heterogéneo de papeles que Negrín había llevado sin duda a Ginebra en julio 1937, cuando a España le tocó presidir la Asamblea de la Liga de Naciones. Entre los papeles sueltos había una hoja arrancada de un pequeño bloc de notas en la que él mismo había escrito a mano: «Encarnación Morell de Figueras pasaporte para salir de España».

sejo mío, porque yo se lo mandé, para ver si de este modo conseguiría usted más enfermos». Y después, riendo «Pero ni así». Para salvar a un colega había mentido dos veces, porque ni había aconsejado a Del Corral que se uniera a la Hermandad ni tampoco a Del Corral le faltaban pacientes. En cuanto al cuñado, lo habían matado la noche anterior en la Modelo.¹⁴

Durante los primeros tres meses de guerra, los ejércitos del general Mola y del general Franco avanzaron rápidamente hacia Madrid desde el norte y desde el suroeste, mientras la maquinaria administrativa de la República continuaba sumida en el caos. Con esta situación, el pesimismo cundió entre muchos de los que respaldaban la República, tanto de los pequeños partidos republicanos como del Partido Socialista. Además del caos y de los «paseos», había que contar con un hecho devastador: a pesar de la existencia del llamado Acuerdo de No Intervención, Italia, Alemania y Portugal, a la vista de todo el mundo, estaban suministrando armas modernas a los insurgentes. Gran Bretaña era teóricamente neutral, pero de hecho fomentaba la hostilidad hacia los esfuerzos de la República para comprar armamento en el mercado internacional y lograr el apoyo diplomático que le correspondía como gobierno legítimo, reconocido y elegido democráticamente. Ante estas circunstancias, muchos dirigentes políticos se sumieron en un profundo pesimismo; y entre ellos estaban Manuel Azaña, el presidente de la República, y Julián Besteiro, uno de los dirigentes socialistas de mayor prestigio, dos personas especialmente conocidas.

Negrín se destacó entre los pocos que se negaron a dejarse dominar por el pánico de las pérdidas y de los crímenes de los primeros meses. Estaba convencido de que era absolutamente necesario ganarse la confianza de los principales poderes democráticos y de la Sociedad de Naciones. Y que para la supervivencia de la República eran requisitos indispensables: terminar con los «paseos», reducir cuanto fuera posible el número de colectivizaciones que se estaban llevando a cabo, crear un ejército disciplinado y reconstruir el gobierno y la administración desempeñada por civiles. Pensaba que todo esto podía llevarse a cabo, y para ello trabajó sin descanso como ministro

14. Dr. J. Álvarez Sierra y José Gutiérrez-Rave, *Dr. Juan Negrín*, Madrid, 1966, pp. 29-30.

de Hacienda entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, y como jefe de gobierno desde mayo de 1937 hasta el final de la guerra. En capítulos posteriores, volveré a tratar sus actitudes y sus actuaciones. Pero en estas páginas dedicadas al carácter de Juan Negrín, a su persona, es de gran importancia subrayar su optimismo perseverante.

Cuando los periodistas, los visitantes extranjeros de prestigio, los diplomáticos y agregados militares se reunían con Azaña, reconocían en él a la persona de aguda inteligencia y de vastos conocimientos, al hombre comprometido éticamente con los ideales de la República, que describía la guerra como una invasión italogermana a la que, incomprensiblemente, no se oponían ni Gran Bretaña ni Francia. Pero, al mismo tiempo, no podían dejar de percibir su profundo pesimismo, incluso en los primeros meses de la guerra. Si se reunían con Prieto, se daban cuenta de que estaban hablando con la persona más preparada, brillante y comunicativa del gobierno de la República. Pero Prieto era alguien tremendamente emotivo que a duras penas escondía sus sentimientos, aunque al mismo tiempo sabía ser discreto en cuanto a hechos concretos. Sobre todo cuando le pidieron explicaciones por el papel desempeñado por Rusia en 1937, no dudó ni un momento en contestar con otra pregunta: por qué los poderes democráticos no estaban haciendo nada por ayudar al gobierno de la República y, así las cosas, qué derecho les asistía para cuestionar la influencia comunista. Pero a medida que la guerra se prolongaba y que las victorias militares excepto en Madrid eran para los franquistas,¹⁵ Prieto se sintió cada vez más pesimista, y ya en los primeros meses de 1938 dejó de intentar disimular su pesimismo ante amigos o enemigos, diplomáticos o periodistas extranjeros.

15. Escribir acerca de temas controvertidos siempre implica problemas de vocabulario. En mi obra *La República española y la Guerra Civil*, publicada por primera vez en 1965, utilicé el término «nacionalistas» para los seguidores de Franco, y la mayor parte de los libros acerca de la Guerra Civil publicados en vida de Franco les llamaban «nacionalistas». En castellano a veces se les llamaba «nacionales» para diferenciarlos de los «nacionalistas» vascos y catalanes. Pero en inglés no hay una palabra equivalente al término «nacionales».

Al mismo tiempo, y desde que terminó la larga dictadura, en 1975, los medios en España han utilizado cada vez con mayor frecuencia los términos «franquismo» y «franquista» para referirse al régimen establecido por Franco y a las personas que lo

La actitud de Negrín hacia el Partido Comunista y la Unión Soviética ha sido, sin duda, el punto más controvertido de este hombre en lo muchísimo que se ha escrito acerca de la Guerra Civil. Es una cuestión extremadamente compleja, y espero ser justo con esta complejidad en los próximos capítulos. Pero la respuesta fundamental es perfectamente comprensible. El 18 de julio de 1936, una facción del ejército, militarista, conservadora y antidemocrática, se alzó contra el gobierno de la República, totalmente legítimo aunque débil. La tremenda e inesperada resistencia del pueblo derrotó la rebelión en las ciudades más importantes, en Cataluña, gran parte del País Vasco, la mayor parte de Levante y amplias zonas de Andalucía, Castilla la Nueva y Extremadura. Pero también destruyó el entramado civil de gobierno. De modo que pocos días después, el fracasado golpe de estado había dado paso no sólo a una guerra civil en defensa de la República democrática sino, además, a una violenta revolución en contra del sistema capitalista existente, llevada a cabo en parte por los anarquistas y en parte por los socialistas.

Al cabo de una semana, la Italia fascista y la Alemania nazi se habían comprometido con los generales sublevados, manifestando claramente su preferencia por el general Franco. Inicialmente, Francia se inclinó por ayudar a la República. Pero Gran Bretaña le advirtió inmediatamente que no contara con su apoyo si los poderes fascistas le respondían con un ataque militar. Francia, entonces, tomó la iniciativa para la creación del Comité de No Intervención. La existencia de este comité no permitió que la Guerra Civil se convirtiera abiertamente en una guerra internacional, pero en ningún caso impidió la ayuda militar a gran escala que Italia y Alemania prestaron a

aprobaban. Hay otro hecho histórico, y es que en julio de 1936, cuando los poderes fascistas se comprometieron abiertamente con los generales sublevados, inmediatamente dieron a entender que lo reconocían como jefe de la Junta. El 29 de septiembre de 1936, los generales colegas suscribieron el decreto que lo designaba «jefe de Gobierno». El 1 de octubre firmó la primera ley que promulgó como «Jefe de Estado». Por último, mi decisión de utilizar el término «franquista»: estoy plenamente convencido de que los líderes civiles republicanos perseguían el bienestar de España tanto, al menos, como el General; de modo que no debiera concedérsele a éste mayor crédito que a los otros en cuanto a sentimientos de fidelidad «nacional».

Franco. La Unión Soviética era miembro del Comité de No Intervención. Pero, a principios de septiembre, los diplomáticos soviéticos advirtieron al comité que las limitaciones impuestas por el acuerdo no iban a ser mayores para ellos que para otras potencias. Y desde los últimos días de septiembre de 1936 y hasta el final de la guerra, la Unión Soviética y la República de México fueron los dos únicos países en lo que ahora denominamos «comunidad internacional» que ayudaron activamente al gobierno «reconocido» internacionalmente en aquel momento como el gobierno de la República.

La esposa de Juan Negrín era rusa, él mismo hablaba un poco de ruso y había participado en un Congreso de Fisiología celebrado en Leningrado. Fue entonces cuando aprovechó la ocasión para tratar de averiguar alguna cosa acerca de un hermano de María que había desaparecido unos años antes. Ya en 1931, cuando fue designado candidato para las Cortes Constituyentes, Negrín explicaba que ni la dictadura fascista ni la bolchevique eran deseables para España. A cualquier persona que, como Negrín, estuviera al día de los acontecimientos internacionales, debió producirle una extraña impresión la noticia, en 1936, sobre la nueva Constitución Democrática Soviética, supuestamente más democrática que cualquier constitución existente, que llegó al mismo tiempo que la noticia de las primeras purgas y juicios sumarísimos en Moscú justo en el mes de agosto, es decir, en los inicios de la Guerra Civil. En estos juicios y purgas dos revolucionarios de toda la vida, que además habían sido alcaldes de Leningrado y de Moscú, Gregori Zinoviev y Lev Kamenev, fueron condenados a muerte por trotskistas, saboteadores, etc.

A pesar de este contexto, las potencias democráticas occidentales habían abandonado a la República cuando más lo necesitaba. Y nadie debería desestimar el amargo resentimiento que esto produjo en todos los que la defendían, incluido, por supuesto, Negrín. Las circunstancias le llevaron a ser ministro de Hacienda a partir del 4 de septiembre de 1936 en el primer gobierno que presidía Francisco Largo Caballero. Septiembre fue el mes en que los soviéticos decidieron contrarrestar la ayuda militar italogermana aportando su propia ayuda. Y octubre fue el mes en que los cargueros rusos llegaron a los puertos españoles, no sólo con armas sino también con alimentos y medicinas.

La ayuda soviética se ajustaba a la política comunista mundial acordada en la revisión llevada a cabo en 1934-1935: la creación del

Frente Popular, que incluía partidos no marxistas conscientes del peligro del fascismo; la propuesta de Seguridad Colectiva presentada a Gran Bretaña y a Francia; la doctrina, aplicada en la situación interna de España, que decía que debía protegerse a la clase media no fascista, y que para derrotar a Franco era necesario proteger la propiedad privada, restaurar la democracia parlamentaria, restaurar la economía capitalista occidental, así como no asustar al mundo capitalista con colectivizaciones masivas.

El Partido Comunista de España, muy reducido antes de la Guerra Civil, fue creciendo exponencialmente desde mediados de 1936 hasta la primavera de 1937. Las personas que se adherían no atendían a diatribas acerca de si los socialistas demócratas eran «fascistas sociales», ni tampoco etiquetaban a los patronos como capitalistas explotadores. Prestaban oídos a las tesis del Frente Popular y de la Seguridad Colectiva: la unión de la clase media «progresista» y de los trabajadores frente al fascismo, y la propuesta de alianza entre las potencias democráticas occidentales y la Unión Soviética para impedir que Hitler y Mussolini llevaran a cabo nuevas conquistas.

Pero había un aspecto de la propaganda anterior a 1934 que no había cambiado. De hecho, había empeorado a partir de mediados de la década de 1930. A Trotski y a su reducida Cuarta Internacional se les achacaba que eran agentes del fascismo, espías y saboteadores, posibles futuros asesinos de Stalin, y que había que borrarlos de la faz de la tierra por sabandijas (un término con el que a menudo se designaba a los trotskistas). Así pues, los defensores de la República sólo tenían una elección: trabajar con los rusos y con el Partido Comunista de España; estar agradecidos porque una de las grandes potencias les proporcionaba armas y asesoramiento militar comparable al que recibían sus enemigos; ayudar a los supuestos trotskistas si era posible, pero sin arriesgar la buena disposición de la única potencia que les prestaba ayuda, es decir, sin denunciar públicamente aquellas acusaciones salvajes y aquellos arrestos secretos.

Ésta fue, en efecto, la política de Negrín. Y al menos hasta el secuestro (imposible que pasara desapercibido) y asesinato de Andreu Nin en junio de 1937, prácticamente todos los defensores no comunistas de la República aceptaron esta situación como una necesidad ineludible. Pero durante el período en que Negrín fue jefe de gobierno (mayo de 1937-marzo de 1939), las tensiones fueron en aumento

por el papel que desempeñaban tanto los asesores soviéticos como los comunistas españoles, por las verdaderas intenciones de Stalin, por las intenciones y la legitimidad de la continua cooperación entre Negrín y el Partido Comunista, y por la franqueza con que Negrín insistía en que en la mayoría de los casos sólo podía contar con los comunistas para tareas concretas debido a la dedicación y efectividad de sus miembros.

Pasemos ahora a la impronta que la experiencia de la guerra dejó en Negrín como persona. Estamos hablando de un hombre que dedicó veinte años de su vida al trabajo que le gustaba, y que contaba con el reconocimiento de sus colegas no sólo nacionales sino también internacionales. Nunca se había considerado a sí mismo como persona activa en política hasta aproximadamente 1930, ni tampoco se había situado en posiciones que implicaran desempeñar los cargos políticos que se le presentaron en los años previos al estallido de la guerra dentro del gobierno de la República. Pero, obviamente, había algo en su fuero interno que le llevaba a disfrutar con labores de liderazgo: dirigir tesis doctorales, conseguir becas para sus estudiantes, colaborar en la construcción de la Ciudad Universitaria y ser secretario de la Facultad de Medicina. No tenía por qué haber desempeñado ninguno de estos cargos, al menos no todos, de no haber disfrutado con ellos.

La primera experiencia en el gobierno de la nación, como ministro de Hacienda, fue tal vez el mayor servicio público que prestó al país en toda su vida. El gobierno de la República en tiempos de guerra, comenzando por el jefe de gobierno Giral, se preocupó inmediatamente por los recursos económicos. Giral y el ministro de Hacienda, Enrique Ramos, empezaron a vender oro a Francia a fin de obtener divisas con las que comprar armas y también como medio para poner las reservas de oro del Banco de España fuera del alcance del ejército insurgente que se acercaba rápidamente a Madrid. Pero para mediados de agosto, Francia había dado marcha atrás en su disposición inicial de ayudar a la República. Los agentes financieros de los sublevados y los muchos banqueros de Francia y Gran Bretaña aliados suyos, pidieron que el oro vendido a Francia fuera devuelto a Burgos como «legítimo» gobierno de España.

Cuando Negrín fue nombrado ministro de Hacienda, a principios de septiembre, era evidente que Francia ya no era un compañero fiable, y la Unión Soviética empezaba a tomar posiciones en pú-

blico contra las constantes violaciones por parte de Italia y Alemania del Pacto de No Intervención, según el cual no había que armar a ninguna de las dos partes de la contienda. Negrín ató cabos. Primero tuvo que convencer al jefe de gobierno, Largo Caballero, y luego a los demás miembros del gabinete. Su idea era exportar a Rusia la mayor parte de las reservas de oro, que a continuación podrían ser hipotecadas o vendidas a los soviéticos; aunque lamentable, no es sorprendente que los soviéticos insistieran en la venta, a fin de proporcionar a la República los fondos que necesitaba para comprar armas a cualquier proveedor que estuviera dispuesto a vendérselas, en cualquier moneda. Cuando uno lee el informe que Negrín redactó después de la guerra acerca de la exportación de oro, se da cuenta del regocijo que debió experimentar al encontrar una forma de sortear los esfuerzos de varias potencias europeas para ahogar económicamente a la República. Al éxito de Negrín en la exportación del oro, le siguió el éxito en la defensa militar de Madrid. No hay conexión directa entre los dos hechos, puesto que el armamento que salvó Madrid había sido enviado por los soviéticos antes de que se hubieran acordado formas de pago. Pero el éxito en la defensa de Madrid produjo, por primera vez, la esperanza generalizada de que la República podía ganar la Guerra Civil si lograba armarse en la misma medida en que los poderes fascistas estaban armando al general Franco.

Los 22 meses en que Juan Negrín iba a presidir el gobierno no iban a ser tan satisfactorios como sus pocos meses como ministro de Hacienda. La victoria en la defensa de Madrid y en la batalla del Jarama, así como la derrota de los italianos en Guadalajara, habían sucedido mientras Largo Caballero era jefe de gobierno. Negrín, con la ayuda inestimable de Prieto como ministro de Defensa y de Vicente Rojo como jefe del Estado Mayor, llevó a cabo la transformación del ejército republicano desde un variopinto conjunto de milicias hasta un ejército nacional disciplinado. Junto con Manuel de Irujo, ministro de Justicia, prosiguió con éxito la labor de reconstrucción de los gobiernos civiles y del sistema de justicia, una reconstrucción iniciada bajo el mandato de Largo Caballero.

Pero no hubo victorias militares. La batalla de Brunete fue un desastre sangriento que sólo aplazó unas pocas semanas la conquista del País Vasco y de Asturias por parte del general Franco. Las ofensivas en Aragón, cuyo objetivo era la conquista de Zaragoza, quedaron

en suspenso. Entre diciembre de 1937 y enero de 1938 el ejército republicano logró arrebatar Teruel a los nacionales en medio de temperaturas infernales bajo cero. Pero Franco trajo refuerzos para contraatacar a un ejército que prácticamente había agotado las municiones durante los días de sitio. El resultado fue una huida en desbandada que llevó al ejército republicano hasta la costa del Mediterráneo y la partición del territorio de la República en dos zonas separadas desde el 15 de abril de 1938.

Tras la caída de Teruel y la retirada precipitada hacia la costa de Levante, Prieto se volvió tan pesimista como Azaña y Besteiro lo habían sido desde el inicio de la guerra. El general Rojo era realista con respecto a las deficiencias del ejército, pero se mantuvo firme y fiel. De modo que hacia finales de la primavera de 1938 el ejército republicano fue capaz de paralizar el esfuerzo de los franquistas para conquistar Sagunto, y en los últimos días de julio cruzaron el Ebro, una de las mayores hazañas militares de la Guerra Civil española, o de cualquier guerra. Pero en una contienda en campo abierto era imposible que el ejército republicano pudiera derrotar al conjunto de fuerzas constituidas por españoles, moros, italianos y alemanes que estaban a disposición de Franco. Es difícil fechar el momento de la desmoralización, pero entre abril y septiembre de 1938 millones de españoles perdieron la esperanza en la victoria de la República.

En algún momento de la Guerra Civil, Negrín empezó a tener serios problemas de salud. Como la mayoría de los médicos, confiaba muy poco en los médicos. En cualquier caso, no hay ningún dato indicativo de que consultara a otros profesionales acerca de su enfermedad. También en esa época sufrió un ataque al corazón, el primero de cuatro o de cinco, el último de los cuales le arrebató la vida en 1956 a los sesenta y cuatro años. También tenía problemas digestivos, y los vómitos no eran infrecuentes. Después de la guerra, sus enemigos políticos echaban mano de la imaginación y, al referirse a estas situaciones, decían que Negrín imitaba la supuesta costumbre de los romanos, la de provocarse el vómito por el placer decadente de continuar disfrutando de la buena mesa. No hay duda de que le gustaba comer bien, que disfrutaba invitando a otros para compartir un buen ágape, sobre todo si la conversación ayudaba a la causa de la República. Pero según explica Carmen Negrín, la nieta que vivió con él y que cuidó de Feli durante los últimos años de su vida, Feli le

había comentado que los problemas de corazón y de estómago habían comenzado durante la Guerra Civil.¹⁶

Volvamos ahora a 1938 y a los tres primeros meses de 1939. Negrín insistía en mantener la política de resistencia, y rechazó varios sondeos diplomáticos por parte de funcionarios franceses e ingleses que personalmente simpatizaban con la causa de la República. Pero ¿hasta cuándo? ¿Y con qué ayuda material? preguntaban sus colegas así como todos los periodistas. Hacia la primavera de 1938, personas como Azaña, Besteiro, Martínez Barrio (presidente de las Cortes, las cuales se reunían dos veces al año tal como establecía la Constitución) y muchos funcionarios de carrera que se habían mantenido fieles a la República, pensaban que continuar resistiendo sólo serviría para prolongar la guerra; que Franco ganaría porque todas las potencias importantes, excepto Rusia y una Francia irresoluta, querían que ganase y para ello le estaban ayudando, si no en lo militar sí en lo económico.

Trataron de creer en lo que se llamaba «la paz de Vergara», remitiéndose al acuerdo entre militares con el que se había puesto punto final a las guerras carlistas y mediante el cual los oficiales carlistas se reincorporaron al ejército leal al monarca Borbón. Negrín estaba seguro de que esto no ocurriría, a menos que Franco se viera forzado por la presión internacional a garantizar que ni el ejército republicano ni la población civil se verían sometidos a represalias sangrientas. Franco fue muy sincero en esta cuestión. Nunca dio a nadie el más mínimo indicio de que aceptaría algo que no fuera la rendición total y absoluta. No le interesaba una «paz de Vergara». Sólo le interesaba la destrucción total de las fuerzas anticlericales, las democráticas, las marxistas y las anarquistas, a las que responsabilizaba de los problemas de España en la década de 1930. Sería clemente donde tuviera a bien serlo. Pero no aceptaría, bajo ningún concepto, ningún tipo de límite a su autoridad.

Entretanto corrió el rumor de que Negrín iba a dimitir o estaría dispuesto a hacerlo, con el fin de dar paso a un gobierno que pudiera

16. Hay una carta a Feli, sin fecha y con papel del Hotel Claridge, hacia principios de 1950, en la que explica que sólo come arroz integral, mucha fruta y escasas proteínas. Cada dos semanas lleva una muestra de orina a analizar, y se hará una revisión completa dentro de dos meses. Carpeta 32p, FCJN, Las Palmas.

negociar una paz aceptable; es decir, con la esperanza de poder contar con la ayuda de la mediación de Gran Bretaña y de Francia para suavizar la situación. En varios momentos entre abril de 1938 y el final de la guerra en marzo de 1939, Negrín se quejó a varios colaboradores diciendo que «No me dejan gobernar», sin especificar qué quería decir con esta queja. Pero seguramente debía hacer referencia, entre otros aspectos, a que las iniciativas diplomáticas que Azaña, Besteiro y las autoridades autonómicas tanto de Cataluña como del País Vasco, cada uno por su parte, estaban socavando su autoridad, violando la Constitución y, por supuesto, haciendo que le fuera imposible defender una posición oficial y de unidad para exigir una paz sin represalias. En más de una ocasión amenazó abiertamente con su dimisión. Pero entonces, los que le habían criticado reiteraban al menos su apoyo verbal y público a los esfuerzos de Negrín, pues en realidad no había más alternativa a la resistencia que la rendición total.

Tanto Negrín como sus detractores fueron conscientes en todo momento de que la República podría ganar la guerra sólo si las democracias occidentales dejaban de lado el mal llamado Comité de No Intervención y las políticas de apaciguamiento profascistas. Sin embargo, las democracias no salieron de la pasividad cuando Hitler se anexionó Austria en marzo de 1938. Durante el verano de 1938, parecía que la República Democrática de Checoslovaquia, que contaba con el ejército mejor equipado de Europa central, estaba en condiciones de resistir a las exigencias de Hitler y que la Unión Soviética, llegado el caso, le prestaría ayuda para defenderse. La presión de Chamberlain sobre los checos, así como las amenazas de invasión por parte de Hitler, desembocaron en el famoso Pacto de Múnich de 30 septiembre de 1938. De acuerdo con el pacto, Gran Bretaña, Francia e Italia, sin consultar a la Unión Soviética, obligaban a Checoslovaquia a ceder a Alemania los territorios en los que la población era mayoritariamente de etnia germánica.

Después del Acuerdo de Múnich, Negrín se quedó aislado frente a la mayoría de los políticos republicanos y socialistas. Hasta entonces, había existido la posibilidad de que las agresiones de Hitler provocaran una guerra europea, en cuyo caso la República de España podría haber quedado a salvo por su alianza *de facto*, y en esas circunstancias, con las democracias occidentales, pues todas ellas se defenderían de la agresión nazi-fascista. Múnich puso punto final a la débil esperanza de todos los dirigentes, salvo Negrín. Ya fuera por desespera-

ción, mera tozudez o por aferrarse al principio de resistir indefinidamente, Negrín, con el apoyo de los comunistas y de una minoría socialista, insistió en que había que resistir hasta que Franco se viera obligado a abandonar el baño de sangre que Negrín preveía con cierta precisión.

Después de la pérdida de Cataluña, del desarme y confinamiento del ejército republicano en improvisados campos de refugiados en Francia, de la dimisión de Azaña como presidente de la República y del reconocimiento de Franco por parte de la diplomacia de Francia y Gran Bretaña, incluso entonces, Negrín, durante los días que transcurren entre la evacuación de Cataluña entre el 5 y el 9 de febrero de 1939 y el levantamiento del coronel Casado en Madrid el 6 de marzo de 1939, continuó proclamando que la resistencia era posible, y que, por supuesto, sólo su gobierno era el legítimo y el único democráticamente elegido. Cuando Casado se sublevó, Negrín trató de evitar la peor de todas las pesadillas posibles: una guerra civil dentro de las filas de la República.

¿Qué efectos tuvo esta experiencia de guerra en el carácter de Juan Negrín? Lo más importante es que descubrió una misión político-moral y la capacidad que tenía para desempeñar esta misión en circunstancias extremadamente difíciles. La misión consistía en salvar la República, tanto del caos revolucionario como de la invasión fascista. Era capaz de estimular a personas muy competentes e individualistas para que trabajaran en equipo bajo su dirección. Además, dominaba varias lenguas con un buen nivel de conversación. No hay duda de que era consciente de estas capacidades, desde sus años de profesor universitario y como director del comité para la construcción de la Ciudad Universitaria. Pero en este caso se trataba de trabajos que él había elegido y que le gustaban. Eran trabajos creativos, que nada tenían que ver con el odio, la guerra y el recuento de muertes cotidianas. Y eran trabajos en los que contaba con la confianza general y la aprobación de sus colegas.

De hecho, incluso durante la guerra, disfrutó de los viajes, ya fuera en coche o en avión, y de las conferencias en secreto con ministros de Francia y de México, con agregados comerciales y militares de Francia y del Reino Unido, con periodistas europeos y norteamericanos, con asesores rusos con los que podía practicar el ruso mientras almorzaban, con diplomáticos fascistas con los que esperaba establecer contactos que llevaran a acuerdos de paz. Es muy probable

que, en medio de su determinación sin fisuras para defender la República tanto y tan bien como pudiera, Negrín ignorara los síntomas de corazón y de estómago que su cuerpo manifestaba.

Pero durante todo el tiempo que ejerció como presidente del consejo sufrió una decepción constante y creciente: la colaboración de sus colegas del Partido Socialista era menor que la de los miembros del Partido Comunista, un partido en pleno desarrollo. Es una situación muy compleja que volveré a tratar en otros capítulos. Pero la explicación puede resumirse de la forma siguiente: primavera de 1936, el PSOE y sus organizaciones juveniles se habían dividido, al menos, en cuatro ramas diferentes: 1) los parlamentarios socialistas moderados, liderados por Indalecio Prieto; 2) los miembros y directivos adultos de la UGT, fieles a Largo Caballero; 3) las Juventudes Socialistas, lideradas por Santiago Carrillo, que muy pronto se unirían al Partido Comunista; 4) intelectuales y estudiantes apasionados y de izquierdas, los cuales pensaban que había llegado la hora de una revolución para la colectivización genuina, no burocrática y no dominada por los soviéticos. Cuatro grupos diferentes, todos convencidos de que sus respectivos líderes y programas eran los líderes y programas correctos. Negrín era miembro del grupo de Prieto, y contó con su colaboración hasta que la ruptura entre ambos, que habían sido amigos hasta entonces, ocurrida en verano de 1938, le dejó únicamente con los prietistas que decidieron continuar trabajando con Negrín.

En cuanto al Partido Comunista y la relación con la Unión Soviética, también es un asunto complejo, con la complicación añadida de que los historiadores que lo han tratado han dejado ciertas actitudes de los comunistas en conjunto como una imagen fija desde 1917, año de la Revolución bolchevique, hasta 1991, cuando finaliza la Unión Soviética. En líneas generales, la Unión Soviética se presentó durante más de estos setenta años como una alternativa revolucionaria al capitalismo. Pero durante cinco años, entre mediados de 1934 y mediados de 1939, el temor justificado de la Unión Soviética ante la Alemania de Hitler y el imperio de Japón, la llevó a proponer en numerosas ocasiones y sin ningún tipo de ambigüedades, una alianza defensiva de las democracias occidentales para contener a Hitler. La Guerra Civil de España ocurrió en este período.

Juan Negrín estaba convencido, sin que nadie tuviera que decirse-lo, que Hitler era mucho más peligroso que Stalin para el futuro de

Europa. Además, desde el comienzo de la Guerra Civil se dio cuenta de que los comunistas eran mucho más eficientes y disciplinados que las milicias de los anarquistas o las de la izquierda socialista. Se dio cuenta de que por razones propias habían adoptado una política de colaboración con todas las fuerzas antifascistas, salvo con los trotskistas. No hay duda de que habría preferido no tener que depender totalmente de la Unión Soviética para poder disponer de armamento moderno. Pero el boicot a la República promovido por los británicos le dejó, a él o a cualquier otro dirigente de la República española, sin más elección que trabajar con los soviéticos. Además, la mayoría de los comunistas españoles de los tiempos de la Guerra Civil se afiliaron al PC sin haber leído ni a Marx ni a Lenin, y no eran revolucionarios al estilo soviético, sino más bien como los jacobinos franceses de 1790 que lucharon por salvar a la Francia revolucionaria burguesa de las monarquías reaccionarias, las cuales habrían deseado estrangular los ideales políticos modernos antes de que estos ideales contaminaran los imperios de los Hohenzollern, los Habsburgo y los Borbones. Así lo recalcó en 1938 el agregado militar francés Henri Morel, y así lo han confirmado posteriormente las excelentes investigaciones y puestas al día de Paul Preston, Ricardo Millares, Julio Aróstegui y Helen Graham, entre otros.

Durante los últimos meses de la guerra, las divisiones irrevocables en el seno del PSOE y la dependencia de los comunistas llevaron a Negrín a sentirse mucho menos seguro de sí mismo y mucho menos capaz de actuar con firmeza que durante los primeros meses de su mandato. Continuó pensando que su criterio político era correcto; también, que dijeran lo que dijeran sus enemigos tras la dimisión de Azaña como presidente, él continuaba siendo el jefe del único gobierno legítimo y representativo del gobierno de España. Pero pensara lo que pensase, lo que no podía dejar de ver hacia mediados de marzo de 1939 es que la guerra estaba perdida, que la mayoría de gobiernos del mundo había reconocido, o lo haría muy pronto, al gobierno de Franco, y que los cimientos de su autoridad político-moral habían quedado seriamente socavados por las crueles disensiones entre la comunidad republicana en el exilio.

Después de la Guerra Civil, Negrín se dedicó a actividades muy variadas pero nunca pudo concentrarse en una sola línea como lo había hecho durante sus años de catedrático de universidad o de dirigente de la República en tiempos de guerra. Estas actividadesilus-

tran nuevas facetas de su personalidad, y también muestran la continuidad y consistencia con su carrera como científico y líder político. Pero son demasiado heterogéneas para incluirlas en este capítulo. Baste con decir ahora, al terminar esta visión general de la persona, que Juan Negrín, después del trágico final como líder de la República en los años de guerra, vivió una vida rica en lo emocional y en lo intelectual, y que junto con Feli, sus numerosos amigos personales, y con los dos nietos que adoptó en los últimos años de su vida, disfrutó de una vida familiar mucho más armoniosa que la que había conocido antes de 1939.